

Siempre activos

Opúsculos

Una propuesta para la convivencia familiar

Cuando en el hogar conviven dos, y hasta tres generaciones, es frecuente que se creen situaciones de conflicto. Los adultos mayores deben reconocer que ha pasado el tiempo en que asumían en el hogar el papel de máxima autoridad del hogar. En la actualidad la familia se ha democratizado y ahora, como abuelos, pueden sentir que han perdido ese sitio ocupado ahora por los hijos adultos por lo que sienten que no se cuenta en absoluto con ellos, como, por ejemplo, la introducción de cambios físicos dentro del hogar, nuevas rutinas hogareñas que le son ajenas o no se les consulta la conducta a seguir con los nietos o hasta quizás variaciones en el menú habitual.

Esto puede ser causa de que la familia se sienta incómoda, en particular sus ancianos y se creen espacios de discusión que no conducen a otro camino que no sea, el de los malos entendidos y los disgustos.

Por supuesto la superación de tales conflictos compete a todos los miembros de la familia. El adulto mayor debe comprender que las decisiones acerca de lo que toca a los más jóvenes competen en primer lugar a sus padres, aunque éstos no deben ignorar la experiencia de los abuelos, tesoro de incalculable valor.

Lo ideal es que los temas que atañen a toda la familia se tomen en colectivo y se de voz y voto a todos sus miembros, incluyendo a los infantes, que también tienen intereses diferentes a los de los otros grupos de edades, más sin que se pierda de vista que ha de prevalecer lo que beneficie a toda la familia como tal.

Las personas de la tercera edad deben comprender que la época cambia y ser lo suficientemente flexibles para adecuar sus criterios y puntos de vista a nuevas mentalidades, al mismo tiempo que adultos y adolescentes, deben respetar, en primer término, los espacios y las opiniones de sus abuelos.

No es recomendable atrincherarse en posiciones que pueden negociarse, ni negarnos a reconocer que quizás nos equivocamos o fuimos demasiado lejos. Recordemos también que fuimos jóvenes e inexpertos y ofrezcamos a las nuevas generaciones nuestra comprensión sin dejar de expresarles que seguimos vivos, tenemos proyectos y queremos compartir con ellos cariño y afecto sin dejar de defender el espacio que nos corresponde dentro de la estructura familiar.

Historias de vida

No hay quien adivine su edad. Si dijeran que tiene ochenta años, una no vacilaría en decir que no los representa. Las fotos de su juventud guardan la imagen de una mujer hermosa, moderna y distinguida. Y es que Caridad Fajardo Ayala, quien llegará este año a sus noventa y ocho mantiene la coquetería y el donaire de esos tiempos pasados. Cuidadosa de su vestuario —ella misma una gran



costurera, conocida y reconocida por amigas y clientas en Palma Soriano— gustaba de sombreros, estolas y zapatos en combinación, y le gustaba seguir las tendencias internacionales de la moda. El cutis del que puede ufanarse, se debe, según sus propias palabras a sus cuidados, el particular el uso de crema de almendras, miel y, sobre todo, dejar húmedo su rostro tras el aseo. Disfrutaba la música, bailar danzones y vales, y sobre todo cantar porque ello embellece la vida.

No solo le viene de familia la longevidad, aunque su papá, Juan Fajardo Vela, más conocido como el último mambí, llegó a los ciento doce años de vida y de sus trece hermanos y hermanas, uno también pudo cumplir 98 y aún le sobrevive otro centenario. “Cacha” piensa que su avanzada edad se debe no sólo a una alimentación buena, desde los tiempos infantiles de su natal Guainao, en Contramaestre. Básicamente jamón, carne, leche, queso y muchas frutas, viandas y vegetales, con la recomendación de que, como ella lo hace, siempre hay que comer despacio y masticarlo todo muy bien. Para el desayuno le encantan las galleticas con ajonjolí y la leche con cereal y en las noches, puré o sopa con su pedazo de carne. Hasta hoy gusta de dormir temprano, y esa costumbre la trasladó a su numerosa descendencia, de tal suerte, que quien visitara su casa a esa hora, no sospechaba que fueran tantos los muchachos, los cuales la obedecían y nunca le dieron disgustos.

Cacha ha sido una mujer feliz. Aunque nos confesó, en tono casi susurrante, que recuerda de su adolescencia — etapa de los inevitables amores imposibles— un ingenuo secreto de juventud. Pero conoció a su marido Teodoro, un español buen mozo, rubio y de ojos azules que, con la linda Caridad, trigueña cubana de inteligente mirada y piel que recuerda el dorado del sol de la Isla, fueron el tronco de una larga familia de tres hembras y seis varones, que les dieron cuarenta nietos, sesenta y cuatro bisnietos y trece tataranietos. Para más armonía de la pareja, su marido era mecánico de máquinas de coser, una de sus grandes pasiones igual que tejer.

Reside en la capital desde hace muchos años tras su viudez, y no extraña demasiado el terruño, porque aquí— dice— está todo lo bueno, lo habido y lo por haber. Y sueña con tener un carro para pasear, porque tiene muchas ganas de vivir hasta... ¡los ciento veinte años!

Sonnia Iraida Moro Parrado
Doctora en Ciencias Históricas